

Devarim

דְּבָרִים

“Las Palabras”

Primero Orar

Dios Padre,

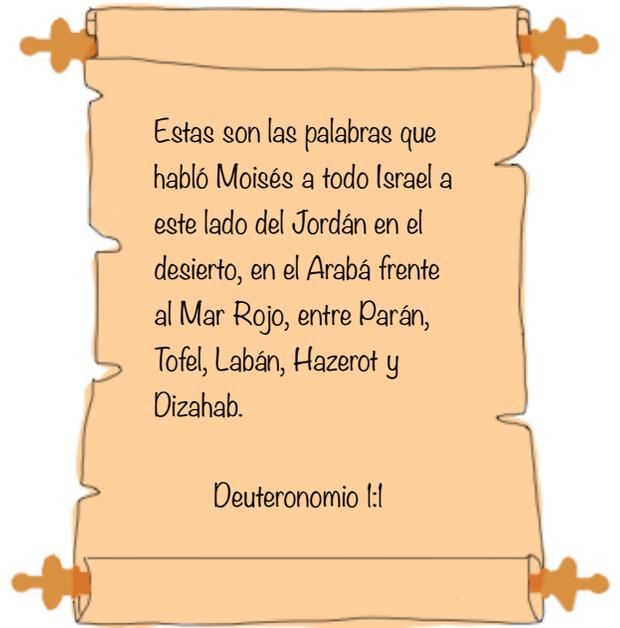
Tú eres el Dador y el Sustentador de toda vida. Te damos gracias por bendecirnos y disciplinarnos. ¡Por favor, aumenta nuestra fe en ti! Danos mentes agradecidas que comprendan que la obediencia a tu Palabra nos brinda protección y provisión.

Guíanos para nombrar líderes conscientes de estas verdades y comprometidos a guiarnos siguiéndolas. Perdónanos cuando olvidamos quién eres, lo que has hecho y lo que harás al regresar. Guíanos a arrepentirnos humildemente de nuestros pecados contra ti para que nuestras familias, nuestras naciones y nuestra tierra sean sanadas.

En el nombre de Yeshúa oramos. Amén.

Luego Leer

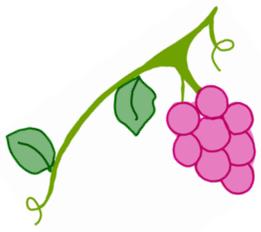
Deuteronomio 1:1-3:22



En la parashá de esta semana, los hijos de Israel habían vagado por el desierto durante treinta y nueve años y once meses. Todos los hombres contados en el primer censo de guerra habían muerto en el desierto porque no creyeron que Dios derrotaría a sus enemigos y los llevaría sanos y salvos a la Tierra Prometida.

El primer día del undécimo mes, Moisés habló a la siguiente generación de los hijos de Israel mientras acampaban en las llanuras de Moab. Moisés comenzó explicando a la

congregación que los problemas, las cargas y las quejas de su padre habían sido demasiado para que él solo pudiera soportarlos. Por esta razón, les había instruido que eligieran hombres sabios, entendidos y conocedores de entre sus tribus para que fueran sus líderes. Repasó cómo Dios había juzgado a este liderazgo, junto con sus padres, en respuesta a su falta de confianza y fe en Él cuando les ordenó entrar y poseer la Tierra Prometida desde Cades-barnea. También explicó los mandamientos de Dios sobre cómo debían interactuar con sus parientes, los edomitas, moabitas y amonitas. Estas naciones vivían en la tierra que Dios les había dado a sus antepasados, adyacente a la tierra de Israel. Finalmente, Moisés explicó cómo Dios había comenzado a infundir temor y miedo sobre todas las naciones del mundo al entregarles totalmente a sus enemigos. Habían luchado contra Sehón el amorreo, rey de Hesbón, y Og, rey de Basán, y los habían derrotado. Toda la tierra de estos reinos fue entregada en posesión a las tribus de Rubén, Gad y la media tribu de Manasés a cambio de que sus hombres se convirtieran en las fuerzas armadas de los hijos de Israel.



Pasaje de Enfoque de las Escrituras



Deuteronomio 1:29-45

En nuestro pasaje bíblico principal, Moisés relató los acontecimientos que tuvieron lugar la primera vez que los hijos de Israel estuvieron en Cades-barnea, menos de un año y medio después de ser redimidos de la esclavitud de Egipto. Dios los había guiado desde el monte Sinaí, a través del desierto, hasta la montaña de los amorreos, y en Cades, Moisés les ordenó entrar en la tierra y tomar posesión de ella, porque el Señor Dios la había entregado en sus manos.

Todos los líderes del pueblo acudieron a Moisés para solicitar el envío de espías a la tierra con antelación para explorarla y traer información sobre la mejor ruta de entrada y las ciudades a las que debían dirigirse. Moisés aceptó la petición y envió a doce hombres, uno de cada tribu de Israel, a la tierra como espías.

Los doce espías regresaron cuarenta días después con frutos de la tierra, y dos de ellos dieron un buen informe. Dijeron que era una buena tierra y confiaban en que el Señor Dios se la daría. Sin embargo, el pueblo no quiso subir. Se rebelaron contra la orden del Señor Dios. Se quejaron en sus tiendas y mintieron sobre el Señor y sus planes para ellos.

En Deuteronomio 1:29-33 aprendemos que Moisés animó a los hijos de Israel, diciéndoles que no tuvieran miedo ni temor de los amorreos, porque el Señor Dios que los liberó de la esclavitud en Egipto iría delante de ellos y pelearía por ellos con Su gran poder que habían presenciado en su redención. Él los llevaría para que no necesitaran nada, tal como lo había hecho durante su viaje por el desierto. Los había guiado con una columna de nube durante el día y una columna de fuego durante la noche hasta un lugar que Él preparó para que acamparan. A pesar de todos los prodigios que habían presenciado, no creyeron al Señor Dios.



En Deuteronomio 1:34-36, Moisés le dijo a la congregación que el Señor escuchó el sonido de sus

PALABRAS y se enojó. Hizo un juramento, diciendo que ninguno de los hombres de esta mala generación viviría para ver la buena tierra que había jurado dar a sus padres Abraham, Isaac y Jacob. Solo a Caleb, hijo de Jefone, se le permitiría verla. A él y a sus hijos se les daría la tierra que había pisado cuando subió como espía a la tierra porque había regresado con un buen informe, confiando completamente en que el Señor los liberaría.

Cuando Moisés pronunció estas palabras a la siguiente generación, sabía que no se le permitiría entrar en la Tierra Prometida. A principios de ese año, al momento de la muerte de su hermana Miriam, la roca que los había seguido en el desierto ya no daba agua. Dios ordenó a Moisés y a Aarón que tomaran la vara de Aarón y reunieran a la asamblea ante la roca. Instruyó a Moisés que hablara a la roca delante de toda la asamblea, y esta volvería a dar su agua. De esta

nueva manera traerían agua para los Hijos de Israel de la roca, para que la gente y los animales vivieran y no murieran en el desierto. Moisés reunió a la asamblea ante la roca como se le ordenó, pero en lugar de hablar a la roca, la golpeó dos veces con la vara. Moisés desobedeció a Dios y no lo honró ante los ojos de los Hijos de Israel.

En Deuteronomio 1:37-38, Moisés declaró que, debido a su desobediencia, el Señor se enojó con él por causa del pueblo, y

le dijo que ni siquiera él mismo entraría en la tierra. Josué, el otro espía que había dado un buen informe, creía firmemente que Dios vencería toda oposición a su voluntad, y debido a su fe en Dios, fue designado para guiar al pueblo a la tierra para heredarla.

Moisés no creyó en Dios, tal como lo habían hecho el pueblo y los líderes de la congregación aproximadamente treinta y ocho años antes. Las quejas y exigencias del pueblo influyeron en Moisés, lo que le hizo perder la fe en Dios. Su falta de fe resultó en su desobediencia a Dios. Quizás sintió que era necesario demostrar su poder y autoridad a la siguiente generación de israelitas para guiarlos a la tierra. Sin importar la causa de la tentación, el resultado fue el mismo. A Moisés no se le permitió introducir a los hijos de Israel en la Tierra Prometida. Un líder que desobedece deliberadamente a Dios ante su pueblo carece de humildad y actúa con orgullo.

La desobediencia a Dios siempre se debe a la falta de fe en su Palabra. Siempre que desobedecemos a Dios, él nos juzgará según sus normas. Desobedecer la Palabra de Dios no trae bendiciones, sino maldiciones.

En Deuteronomio 1:39-41, Moisés explicó a los hijos de quienes se rebelaron contra Dios en Cades-barnea que no serían víctimas en la tierra, como temían sus padres, sino que poseerían la tierra de Israel después de la muerte de sus padres. Dios no permitió que sus padres entraran en la tierra y les ordenó dar la vuelta y emprender su viaje hacia el desierto por el camino del Mar Rojo. Una vez más, sus padres se rebelaron contra la Palabra de Dios y subieron a luchar contra los amorreos. Moisés les advirtió que no fueran, porque el Señor no iría con ellos. A pesar de la orden del Señor, subieron presuntuosamente al monte de los amorreos y fueron expulsados como abejas de la tierra. Al regresar derrotados, lloraron ante el Señor, pero Él se negó a escuchar sus clamores.



Búsqueda de mapa

Instrucciones: Etiqueta el mapa para incluir los tres territorios a los que Dios no permitió que entraran los israelitas y los dos reinos que Dios entregó en sus manos en la orilla oriental del río Jordán (Deuteronomio 2:1-3:22).

(Pistas y datos interesantes)

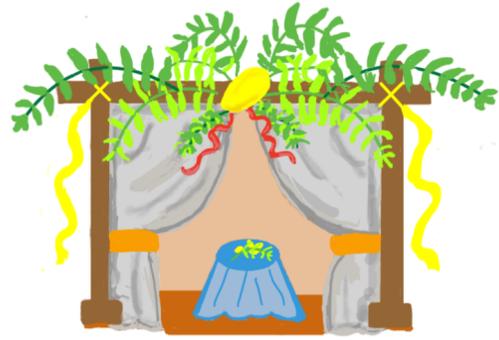
1. Dios le dio este territorio a Esaú, hermano gemelo de Jacob. Esaú despreció los designios de Dios y vendió su primogenitura por un plato de guisado rojo (Génesis 25:30). Sus descendientes vivieron en el territorio llamado Seir en las Escrituras. Cuando Yeshúa regrese a la tierra, destruirá totalmente a esta nación porque se negaron a permitir que sus hermanos, los hijos de Israel, pasaran por su tierra (Abdías 1:1-21).
2. Dios dio este territorio a los descendientes del hijo que Lot tuvo con su hija primogénita. Lot era sobrino de Abraham (Génesis 19:30-37).
3. Dios les dio este territorio a los descendientes del hijo que Lot tuvo con su hija menor (Génesis 19:38).
4. Cuando los israelitas derrotaron a este rey, tuvieron cuidado de no acercarse a la tierra de su pariente, que colindaba con él por el lado oriental (Deuteronomio 2:31-37).
5. Cuando los israelitas derrotaron a este rey, él fue el único que quedó del remanente de los gigantes. Su cama era de hierro y medía aproximadamente trece pies y medio de largo por seis pies de ancho (Deuteronomio 3:1-11).



Las tribus de Rubén, Gad y la media tribu de Manasés recibieron la tierra conquistada a los amorreos. A cambio, se convertirían en las fuerzas armadas de los hijos de Israel. Lea Deuteronomio 3:12-20 para determinar qué territorio se les dio a cada una de estas tres tribus.

Haftará

Isaías 1:1-27



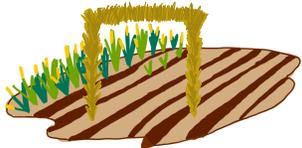
Isaías fue un profeta de Dios que pasó la mayor parte de su vida en Jerusalén, transmitiendo la Palabra de Dios a cuatro reyes durante aproximadamente sesenta y cinco años. En la Haftará de esta semana, Isaías habló sobre una visión que Dios le había dado acerca del Reino del Sur de Judá y Jerusalén, donde la presencia de Dios moraba de una manera única.

Dios había entregado a la siguiente generación de los hijos de Israel a la tierra, tal como lo había prometido. Los había exaltado como su pueblo elegido en la Tierra Prometida. Sin embargo, en los días de Isaías, los israelitas se habían rebelado contra Dios como si no lo conocieran. Se rebelaban contra Dios, tal como lo habían hecho sus antepasados en Cades-barnea, cuando se negaron a obedecer a Dios y a entrar en la tierra.

En los días de Isaías, los israelitas que vivían en la tierra se habían convertido en una nación pecadora. Estaban llenos de maldad y corrupción, y constantemente violaban las leyes de Dios. No confiaban en el SEÑOR ni obedecían su Palabra. No reconocían la autoridad de Dios sobre ellos ni se interesaban en conocerlo. Abandonaron al Santo de Israel y se apartaron del SEÑOR.

Como resultado de su comportamiento desafiante, Dios no los bendecía. Eran como una llaga en el cuerpo que no había recibido tratamiento para sanar. Esto era similar al juicio de Dios sobre sus antepasados, quienes no podrían entrar en la Tierra Prometida y morirían en el desierto en cuarenta años.

Dios retiró su protección sobre su pueblo elegido en la tierra, dejándola desolada y quemada por el fuego. Dios permitió que los extranjeros los atacaran porque lo habían abandonado. Se habían convertido en una sucá (cabaña) abandonada en el campo porque ya no servía. Si Dios no hubiera preservado un remanente dentro de la nación, habrían sido completamente destruidos, como Sodoma y Gomorra (Génesis 19).



En su estado pecaminoso, los israelitas continuaron realizando actos de adoración trayendo ofrendas y sacrificios al Templo de Jerusalén. Esta adoración no era aceptable para Dios, pues sabía que se debía a un sentido de obligación y no se le ofrecía con agradecimiento ni amor. Estas ofrendas y sacrificios eran un insulto a Dios, pues el pueblo seguía pecaminoso e inmutable.

Dios estaba cansado de responder al pueblo cuando se presentaba ante Él. Había llegado a odiar las lunas nuevas, los sábados, la convocatoria de asambleas y los días señalados, porque estas reuniones sagradas habían estado ligadas al pecado durante mucho tiempo. Los hijos de Israel habían confundido la paciencia de Dios con su aprobación, y no reconocían que su falta de temor a Dios era la causa de sus problemas.

A través del profeta Isaías, Dios le dijo a su pueblo que ya no les respondería. Les ocultaría su mirada y no los escucharía ni siquiera cuando le oraran, pues sus manos estaban llenas de sangre.

Dios amonestó al pueblo, ordenándoles arrepentirse y purificarse. Les ordenó dejar de pecar contra Él con sus malas acciones. Les ordenó aprender a hacer el bien y a buscar la justicia. Les ordenó dejar de oprimir a otros, empezar a defender a los huérfanos y a ayudar a las viudas.

Dios primero extendió su gracia y misericordia a su pueblo, invitándolos a alcanzar la verdad de su carácter. Les habló de su maravilloso perdón, disponible para el pecador humilde y arrepentido, explicándoles que, aunque sus pecados fueran como la grana, podían ser emblanquecidos como la nieve. Lo impío puede volverse santo por el poder de Dios.

Para arrepentirse del pecado, es necesario conocer la Palabra de Dios y estar de acuerdo con ella. Quien esté dispuesto a escuchar a Dios, escuchándolo a través de su Palabra con la intención de obedecerle, será bendecido por Él. Sin embargo, quien se rebele contra la Palabra de Dios, negándose a escucharla con la intención de obedecerla, será devorado por la espada.

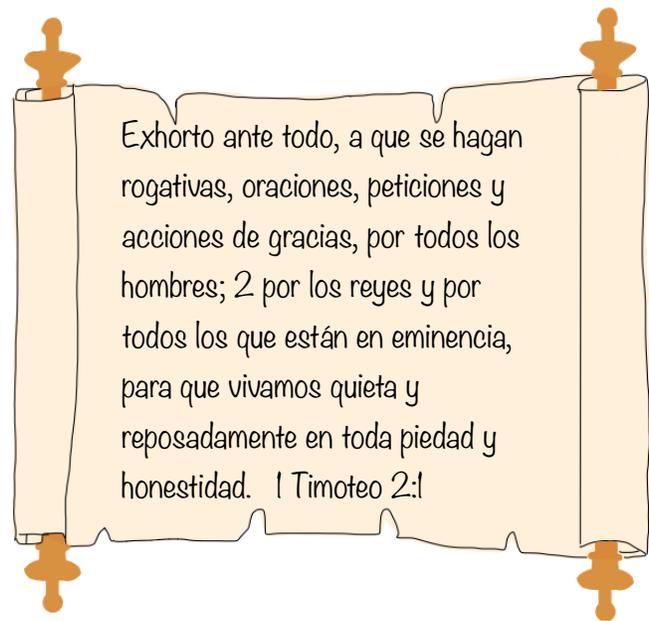
Dios entonces dirigió su atención al liderazgo de Israel y les preguntó cómo la ciudad de Jerusalén, donde habitaba Su presencia, se había vuelto idólatra. Esto ocurrió porque el liderazgo se había vuelto orgulloso, descuidando los mandatos de Dios ante los ojos del pueblo. Su desobediencia los había incapacitado para guiar humildemente al pueblo, según la Palabra de Dios. ¿Recuerdan cuando Moisés golpeó la roca dos veces en lugar de hablarle? Cuando el liderazgo desobedece deliberadamente a Dios ante los ojos de Su pueblo, actúa con orgullo, lo cual es una forma de idolatría espiritual.

En los días de Isaías, los líderes de Jerusalén no se interesaban por la justicia. Solo les interesaba una cosa: recibir dinero para sí mismos. No defendían a los huérfanos ni cuidaban de las viudas. ¡Cometían todos estos pecados contra Dios perpetuamente! Cuando un líder comete constantemente el mismo pecado, endurece su corazón y lo lleva a la destrucción. ¿Recuerdan lo que le ocurrió al faraón?

El SEÑOR Dios de los Ejércitos, el Poderoso de Israel, no miente. No cambia de parecer. Lo que ha dicho se cumplirá. Juró a Abraham que sus descendientes heredarían la tierra de Israel y que el mundo entero sería bendecido por medio de él. Estas promesas se transmitieron de generación en generación y siguen vigentes hoy. A pesar de la infidelidad del pueblo y de la desobediencia de sus líderes, el SEÑOR Dios de los Ejércitos, el Poderoso de Israel, actuará para traer un nuevo estatus a su tierra entre su pueblo, brindándole consuelo. Se vengará de sus enemigos para manifestar su justicia. Purificará a su pueblo de todas sus iniquidades. Restaurará a sus jueces y consejeros como en el principio. Después de haber hecho todo esto, la ciudad de Jerusalén (Sión) será llamada fiel y justa en el Reino del fin de los tiempos.

Nuevo Testamento

1 Timoteo 2:1-8,3:1-7



Nuestros pasajes bíblicos del Nuevo Testamento provienen de una carta que el apóstol Pablo escribió a Timoteo, un joven predicador que dirigía la congregación de creyentes en la ciudad de Éfeso. El apóstol Pablo, judío de la tribu de Benjamín, ex-fariseo y perseguidor de los creyentes en Yeshúa, conocía la importancia de la Palabra de Dios en las Sagradas Escrituras.

Pablo era muy consciente de lo que Moisés soportaba al ser sometido a diario a los problemas, las quejas y las cargas de los hijos de Israel en el desierto. Sabía que, con el tiempo, esto influyó negativamente en Moisés y lo tentó a desobedecer a Dios, descalificándolo para guiar a los hijos de Israel a la Tierra Prometida.

Las instrucciones de Pablo en su carta a Timoteo se basan en la sabiduría y el conocimiento que le reveló el Espíritu Santo al estudiar la Palabra de Dios. En 1 Timoteo 2:1-8, Pablo habló de la importancia de que todos oremos continuamente unos por otros. Explicó que la oración por los demás debe ofrecerse a Dios con humildad, sabiendo que solo Él puede escuchar y responder perfectamente según cada necesidad. Orar con esta convicción nos lleva a agradecer que Dios nos ama, nos cuida y nos da justo lo que necesitamos en cada circunstancia, conforme a su perfecta voluntad para su creación.

Orar diariamente según esta norma elimina el deseo de quejarnos y refunfuñar por nuestras circunstancias mundanas. Nos permite nombrar líderes comprometidos a guiarnos en las verdades de Dios. Cuando actuamos de esta manera, orando por nuestros líderes, se sienten menos tentados a desobedecer a Dios porque somos su testimonio y aliento. Son menos propensos a sucumbir al mal al demostrar su juicio y autoridad sobre los mandamientos de Dios.

Pablo continuó explicando que hay un solo Dios y un solo Mediador entre Dios y los hombres, el Mesías Hombre Yeshúa. Porque el Mesías Yeshúa dio su vida en expiación por todos los pecados del mundo, quien cree en su nombre y confía en su obra redentora, ha recibido el don del Espíritu Santo en su interior, conectándolo con Dios Padre. Cuando oramos con agradecimiento en toda circunstancia, en lugar de quejarnos y murmurar, sometemos nuestro ser a la voluntad del Padre, y su gloria puede manifestarse a través de nosotros.

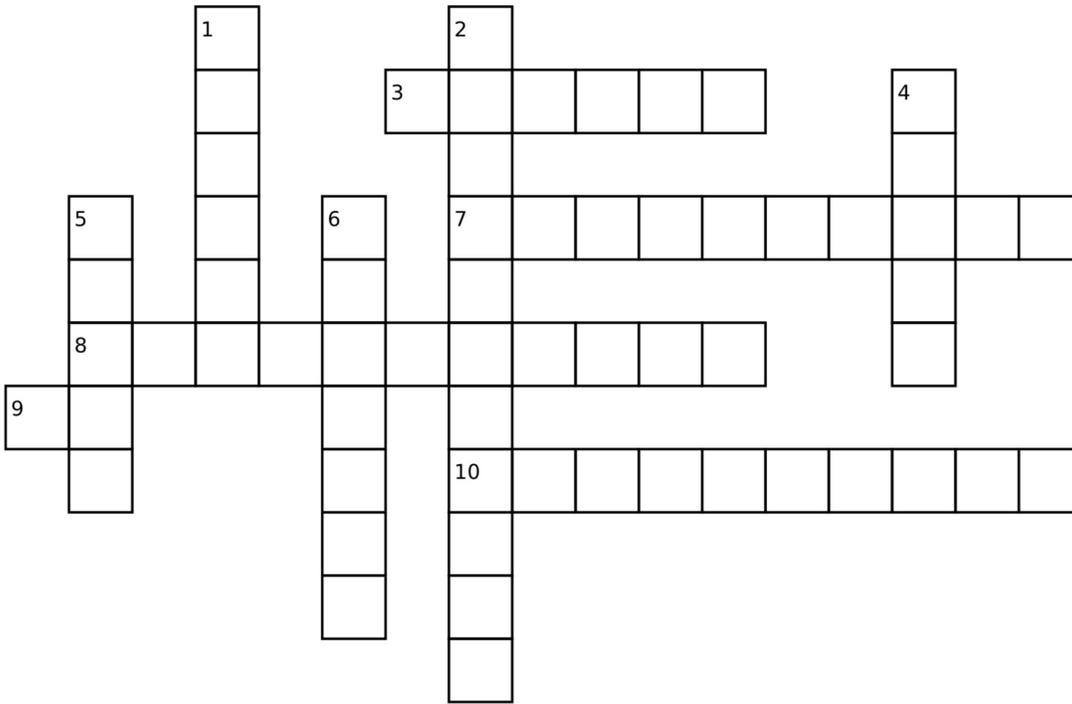
En cambio, cuando nos quejamos y murmuramos por nuestras circunstancias, no servimos a Dios. Servimos al reino maligno de Satanás y vivimos en oposición a la voluntad de nuestro Padre. Por lo tanto, es fundamental que cada creyente, en todo lugar, ore humildemente a Dios, elevando manos santas sin ira ni duda.

En 1 Timoteo 3:1-7, Pablo abordó la importancia de nombrar para el liderazgo a hombres sabios, comprensivos y conocedores de las verdades de Dios. Quien desee ser líder de una congregación de creyentes desea una buena obra. Debe ser irreprochable de quebrantar ciertas leyes de Dios. Debe ser esposo de una sola mujer, moderado, sobrio, de buena conducta, hospitalario y capaz de enseñar. No debe beber alcohol ni ser codicioso de dinero. No debe ser violento, sino amable. No debe ser pendenciero ni avaro. Debe gobernar bien su propia casa de esta manera, produciendo hijos sumisos y reverentes. Debe tener experiencia en liderazgo para no volverse orgulloso y correr el peligro de la misma condenación de Dios que recibió el diablo. Finalmente, debe tener una buena reputación entre los que están fuera de la iglesia, sin darles motivos para criticarlo de una manera que apoye las artimañas del diablo.

Como creyentes, debemos ser diligentes en designar un liderazgo piadoso sobre nuestras congregaciones y orar por ellas con humildad, confiando en Dios. Quejarse y murmurar constantemente en lugar de orar con gratitud y humildad, puede influir negativamente en ellas, tentándolas a desobedecer a Dios. Un creyente no debe seguir a un líder que desobedezca deliberadamente a Dios ante la congregación.



Repaso Divertido



Banco de Palabras

Queja
 Desobedece
 Bendiciones
 Fe
 Destrucción
 Poder
 Obligación
 Normas
 Rebele
 Corazón

Vertical

1. Siempre que desobedecemos a Dios, Él nos juzga según Sus _____.
2. La obediencia a la Palabra de Dios resulta en Sus _____.
4. La _____ constante es fuente de frustración o tentación para que los líderes se enojen y desobedezcan a Dios.
5. Lo impío puede ser santificado por el _____ de Dios.
6. Cuando un líder comete continuamente el mismo pecado, se endurece su _____.

Horizontal

3. Cualquiera que se _____ contra Dios será devorado por la espada (muerte).
7. Un líder que _____ a Dios ya no es digno de guiar a su pueblo.
8. Un corazón endurecido por el pecado conduce a la _____.
9. La falta de _____ en Dios resulta en desobediencia a Su Palabra.
10. Dios no acepta ofrendas hechas por _____.

